

La Antorcha

SEMANARIO

Correspondencia y Valores a:

JUAN CERIOITI
Sarmiento 3259 - BS. AIRES

SUBSCRIPCIONES:
Para la Argentina
Trimestre \$ 1.00 Año \$ 4.00
Para el Exterior
Año \$ 6.00

Exponer de la Anarquía:
"Aquel surco, aquí la semilla,
aquí la espiga, aquí el derecho".
BOVIO.

La imprenta y el libro

¡Juez, deje eso!

¿Qué concepto tiene la república de la máquina y los tipos de una imprenta como de todo lo demás: que no debe estar en poder del pueblo.

Aquellos que se dice de la prensa, el libro y demás, no debe entenderse por los proletarios. El invento de Gutenberg — como los mismos libros, aunque sean de edición burguesa, — es mirado con malos ojos, con una mirada de pavesa que quita incendiarios — y efectivamente, alguna vez se les incendia, — en poder de los proletarios y para los proletarios.

¿Qué? ¿que el gendarme saca el machete a sus poseedores, cuando los ni-
— ¿quién se atreve a decir que el gendarme está en falda? — y atrás llega el juez como galgo, a secuestrar todo, como efectos subterráneos, poniendo un sello en la puerta, como en la casa en que se reúnen o tienen oculto los ladrones.

Y es que la cosa es así: Bonachones de bonachonería, todo cuanto se habló y dijo, respecto de esto, como de los demás capítulos, se refería únicamente a los:

La propiedad de esos libros de ese plomo de plomo — diréis, — la inviolabilidad de la libertad personal, con el hábito de la revolución inglesa; — etc. — ¡Igual! Todo esto es una plancheta, que no reza, ni hace aire, ni sombra en la persona de los proletarios. Bonachones de la bonachonería, los burgueses han estimado esto; para ellos, no podían pensar en los criados ni en los peones, ni en que éstos pudieran llegar al fin o hacerse una causa suya: nada menos que de justicia y emancipación social! Bonachones de la bonachonería, a éstos los consideraban simplemente naturas, mientras ellos se consideraban señores, y se daban por lo tanto los señores de los hombres. Bonachones de la bonachonería, emplacados en sus medallas,

encuadrados en sus escrituras de propiedad y en sus libretas de banco; ¡cómo se palmaban el hombro, y se decían: "Má sí que eres grande, bonachón de la bonachonería!" — ¡Qué conflicto, pues, cuando los libros, y el mismo invento de Gutenberg han caído en poder de los proletarios! — ¡Porque, desgraciadamente, no estamos en una isla, y se han escrito muchos más libros, muchas más cosas, que aquellas que se decían entre sí para halagarse, para trincar su vaso de vino, y hasta para enterrarse o volver a recordar sus estigmas, los bonachones de la bonachonería! Y entre éstas hay muchas en favor de los proletarios; y entre los proletarios hay también ya algunos que piensan seriamente como hombres.

En fin: el invento de Gutenberg no era para estar en poder del pueblo ni de los proletarios. Era para presentar, emplacados en sus medallas, encuadrados en sus títulos, etc., a los bonachones de la bonachonería. Por eso, el proletario está en falta con el invento de Gutenberg o un cajón de libros en la pieza.

¡No, señor! No puede tener la propiedad de ellos; la policía se los secuestra, manda el hombre a la cárcel y pone un clavo a la puerta.

Ya van dos voces que el juez se apodera o embarga el invento de Gutenberg: en el caso de Bandera Roja no ha sido mucho, y ahora con Tribuna Obrera y La Protesta. ¿Qué culpa tiene el alfabeto de plomo? No es que sea culpable; es que no debe estar en poder del pueblo.

¿Por qué no se nos retira también el alfabeto hablado, y así volvemos a los tiempos, no en que los animales hablaban, como cuenta la fábula, sino a aquellos otros en que el hombre hablaba como el perro?

¡Reclamamos el alfabeto de plomo también para nosotros, bonachones de la bonachonería! ¡Juez, deje eso!

La situación

La situación por que atraviesa el pueblo, en la actualidad, es de las peores que se han conocido. La miseria es grande, y la desocupación ha alcanzado proporciones hasta ahora desconocidas. Y esta situación, esta miseria, que se agudiza de más en más cada día, en lugar de determinar al pueblo a la acción, de sugerirle la idea de rebeldía, parece por el contrario comunicarle conformidad suicida.

Debemos reconocerle: el espíritu del pueblo se halla en la actualidad transitoriamente abatido. La situación que atraviesa no le inspira ninguna acción salvadora. Sufre y calla; ambula con un dolor a cuestas, desalentado y triste, resignado a la situación. ¿Acaso está muerta en él la aspiración a algo mejor, la voluntad de luchar? No puede ser. En las peores circunstancias de la vida la esperanza arroja siempre su resplandor sobre los hombres y los ánimos más abatidos sienten, imperiosamente, la voluntad de vivir y de luchar. Es del caso preguntarse, entonces, ¿por qué esta situación de miseria no impulsa a la acción no determina al pueblo a empeñarse en la lucha para cambiar de situación en una sociedad mejor?

Compañeros: ya lo sabemos; la situación es mala, pésima. Pero si sabemos esto también sabemos que conformarse a la situación es perpetuarla, que esperar resignados a que venga el bien, — es confiar en lo imposible, y que la situación, como todo, tenemos que arreglarla por nosotros mismos, afirmando en la vida nuestros valores de lucha y de ideal. Apercibamos nuestras fuerzas, y anámonos con fuertes lazos en la acción por una sociedad mejor. Toda conformidad es suicida!

CARTELES

Libertad - Viejos chotos

LA ANTORCHA del otro número reprodujo un suelto del "Libertaire", de París, titulado: "Sacha y Libertad". Era un llamado a los marxistas de Francia en favor de un nene preso en las cárceles bolcheviques. Era un pedido de reciprocidad, ya que nuestros compañeros de allí, poco tiempo antes, habían puesto su propaganda y su ardor para libertar otro pequeño encarcelado por el gobierno republicano.

Sacha, de 4 meses de edad, hijo de maximalistas, ya está libre. Falta, ahora, libertar a Libertad, menor que Sacha, hijo de anarquistas. Y, por lo que hasta hoy sabemos, nada se ha conseguido todavía. Las cárceles soviéticas tienen las puertas más duras de ceder que las burguesas. Hay que redoblar las fuerzas para que se abran.

Para este objeto, y teniendo en cuenta que nosotros, libertarios, podemos muy poco solos y de tan lejos, llamamos al corazón de los maximalistas de la Argentina. Ellos tienen delegado allá, están en relaciones diplomáticas con el soviet de Rusia. Ponemos la causa de nuestro niño en sus manos y lo esperamos libre.

Hablamos solemnemente. No clamamos con tanto afán ni por un hijo nuestro. Libertad, es para nosotros, más que muchos amores juntos. El es un símbolo. Es un espulso de ideal bajo una garra de fierro. Débil como un flor, perfumado de inocencia, con un bautismo de luz por nombre: ¡nuestro, nuestro!

Tenéis que ayudarnos a que nos lo entreguen, maximalistas de la Argentina. Llamamos a vuestros corazones solemnemente. ¡Libertad! ¡Libertad!

qué estaba en tierra, la boca borboteadora de risa entre las barbas revueltas, los ojos tibios de afectos bajo los párpados, como una resaca bajo un alero. — Ya me vé, niño; a visitarlo voy.

Lo di la mano y lo traje para abrazarlo. — ¡Viejo! ¿Cómo lo vé, viejo? ... Y él, plantándoseme en seco, repentinamente serio: Bien; pero, muy pobre, niño; tan pobre, que ya hasta el nombre he perdido. — Y ante mi gesto de asombro, ratificó: — Sí, pues; ya no me nombro como cuando usaté era chico; ahora me llamo, viejo, no más. Y de apellidarlo: Viejo choto! Viejo choto! Viejo choto! — un poncho de hilaridad, del que eran como flecos sus barbas blancas.

Pasamos el día juntos. Al irse, me ofreció en regalo un potro. — Lléveselo al pueblo, niño; no hará mal papel, creame. Es la flor de mi tropilla...

Viejo Antilli: quién iba a decirnos, ¡ay! que habíamos de encontrarnos tan pronto en el mismo caso del paisano de mi cuento? ... Porque así estamos. Como él, después de un galope de muchas leguas, llegamos a ver los compañeros que vamos a crear. Como a él, han salido a recibirnos con un clamoreo unánime: ¡Félices! ¡Cristalizados!

Esto, y llamarnos viejos chotos, es toda una misma cosa. De lo que no estoy seguro es que estos locos lo griten como yo al gaucho: por no hallar otras palabras con que envolvernos y acariciarnos. Si así es, me quedo. Y hasta les regalo un potro.

Pero, me temo que lo digan con mala idea; de ganas que tienen, que nos vayamos, che. ¡Oh! y yo no soy de aquellos que hunden el piso en ninguna parte, y menos donde no me reciben como la gente. ¡Montó y, le meto!

Mírame: ya me voy yendo... Y el galopito corto de mi caballo, parándose, cuando repica uno tras otro sus cascos sobre la huella, que me cantara también: ¡Viejo choto! ¡Viejo choto! ...

R. GONZALEZ PACHECO.

Arriba los corazones!

Es preciso reaccionar contra ese deplorable desconcierto que, a raíz del meso del último movimiento, ha invadido los ánimos en el campo obrero. Emudados por la sorpresa desde el primer momento, por el manotón policial que encarceló a cientos los compañeros no dejó un local abierto, los gremios fueron desconcertados a la huelga general, y en el curso de ella no supieron asar del desconcierto, serenarse, recordándose en la acción. Y es así que la huelga general fué, toda ella, desde el comienzo, acción de desconcertados.

Desconcertar al enemigo por la sorpresa es tener ganada, desde ya, la mitad de la partida. Y es humano desconcertarse, cuando lo imprevisible nos golpea, cuando alguien nos dispara de sorpresa, un tiro detrás de la oreja: Esto saben muy bien los enemigos del pueblo, y es por eso que aprovechan los desconciertos, que ellos de intento procuran, para copar en masa a los huelguistas o a los rebeldes.

Así ha ocurrido en la pasada huelga general. Del desconcierto de los gremios, ante la obra de la reacción, aprovechó la policía para coparlos e inutilizar su acción.

Es bueno saberlo para no dejarnos desconcertar tan fácilmente, o para que, si desconcertados en el primer momento, cuando el golpe de sorpresa nos saca de orden normal, volvamos a salir de orden normal, volvamos a estar — cauce en seguida, — nos serenemos recordando nuestro dominio. De lo contrario, estaremos siempre a merced de que nos asalte de sorpresa.

Es preciso, de toda necesidad, reaccionar contra el desconcierto. Y ya que se reaccionó a tiempo para que ese movimiento general no fracasara, hay

La situación

que reaccionar ahora, con todo vigor, para recobrar el perdido dominio de sí mismos, para llevar los gremios a una mejor disposición de lucha y hacer que se vuelvan fuertes, duros, a todo desconcierto por sorpresa.

Abondemos entre los obreros nuestras razones de firmeza y de vigor; elevemos a todas partes la conciencia de que si es humano desconcertarse es también lógico con el ideal volver a su cauce el egual de nuestras fuerzas; y erijamos en cada pecho la fortaleza indestructible del ideal consciente, para que la sorpresa no pueda penetrar su desaliento en el ánimo.

Arriba los corazones! Ahora más que nunca, en esta hora de derrota transitoria, trabajemos con ahínco, firme y resueltamente por llevar a los obreros nuestro aliento y nuestra fe.

Ni al más, ni al menos

Este fondo no se altera con que el gobierno sea más suave, de mayor liberalidad, porque con ello no aparecen mayores probabilidades de libertad. Es una cárcel más espaciosa, mejor cuidada y servida, tal vez, pero siempre cárcel, al fin. Y lo que a nosotros nos interesa, es llanamente suprimir la cárcel.

Dijimos que un gobierno de mayor liberalidad, como se acostumbra decir, no ofrece más probabilidades de independencia, y estamos por añadir que ofrece menos. El hombre obedece al hábito, a la costumbre, y hay en él un cierto residual de la bestia que lo lleva a acomodarse a las situaciones más violentas, a preferir de dos males el menor, y a habituarse a este último, sin sentir ni por asomo la necesidad de levantarse contra él. Ahí está la explicación del porqué es siempre más difícil convencer de un mal pequeño que de un mal mayor. Esto lo saben, y lo aprovechan a maravillas, los gobiernos y, los reformistas, que ofrecen una variación, tono o matiz mejor del sistema de gobierno, para consolidar la existencia de éste por el contentamiento de los que gustan de acomodarse al mal menor, y a cuya satisfacción se entregan.

En la marcha de los pueblos han sido siempre una remora los que juegan al "más" o al "menos", en cuanto se refiere al gobierno, pues que con ello han contribuido al sostenimiento de ese "menos", contra el cual había de insurgirse inevitablemente el pueblo, sometido bajo él a la esclavitud.

Conformarse con retaceos, andar al

Arriba los corazones!

que reaccionar ahora, con todo vigor, para recobrar el perdido dominio de sí mismos, para llevar los gremios a una mejor disposición de lucha y hacer que se vuelvan fuertes, duros, a todo desconcierto por sorpresa.

Abondemos entre los obreros nuestras razones de firmeza y de vigor; elevemos a todas partes la conciencia de que si es humano desconcertarse es también lógico con el ideal volver a su cauce el egual de nuestras fuerzas; y erijamos en cada pecho la fortaleza indestructible del ideal consciente, para que la sorpresa no pueda penetrar su desaliento en el ánimo.

Arriba los corazones! Ahora más que nunca, en esta hora de derrota transitoria, trabajemos con ahínco, firme y resueltamente por llevar a los obreros nuestro aliento y nuestra fe.

Arriba los corazones!

que reaccionar ahora, con todo vigor, para recobrar el perdido dominio de sí mismos, para llevar los gremios a una mejor disposición de lucha y hacer que se vuelvan fuertes, duros, a todo desconcierto por sorpresa.

Abondemos entre los obreros nuestras razones de firmeza y de vigor; elevemos a todas partes la conciencia de que si es humano desconcertarse es también lógico con el ideal volver a su cauce el egual de nuestras fuerzas; y erijamos en cada pecho la fortaleza indestructible del ideal consciente, para que la sorpresa no pueda penetrar su desaliento en el ánimo.

Arriba los corazones! Ahora más que nunca, en esta hora de derrota transitoria, trabajemos con ahínco, firme y resueltamente por llevar a los obreros nuestro aliento y nuestra fe.

Administración

Administración

Administración

Administración

Administración